

UN NUEVO EJE: CREENCIA Y AGNOSTICISMO, MORAL CRISTIANA Y ÉTICA BÁSICA

Hasta hace algunos años podíamos definirnos, al menos en gran parte, como de “derecha” o de “izquierda”. Estas palabras expresaban no solo una tendencia política, sino una actitud frente a la vida, una “sensibilidad”, como se dice hoy. No había donde perderse. En tiempos pasados, para el derechista chileno, el izquierdista era el “upeliento”, el “marixista – leninista”, el contestatario, el revolucionario, el guerrillero, el terrorista...o sea el “malo”. Para el izquierdista de aquel entonces, el derechista era el “momio”, el rico, el explotador, el hombre sin entrañas... o sea, otra vez, el “malo”.

Hace ya varios años, el analista Marc Klugmann decía que el eje “derecha – izquierda” ya no bastaba para definir una persona, ni siquiera en el plano político. Había que completarlo con otros ejes: “autoritario–libertario” en su actitud frente a la autoridad; “individualista– comunitario” en su visión social; “partidario del libre mercado y de la globalización o proteccionista, nacionalista o regionalista”; “tecnócrata o populista”; “belicista o pacifista”; y así sucesivamente. Hoy se están afinando dos nuevos ejes: en el plano religioso “creyente – agnóstico” y en el plano ético: “moral religiosa o ética laica”. Podría parecer simplemente como una resurgencia de las viejas luchas entre “conservadores” y “radicales”, entre los “comefrailes” y los “pechoños” del siglo XIX. Pero se trata de una situación muy diferente, por el cambio de los contenidos de cada uno de estos polos y por el cambio del contexto en que se da la coexistencia y las relaciones mutuas entre estas dos tendencias.

Es el problema de las “creencias” y sobre todo de los “valores” a los que mucho se alude especialmente en relación con la bioética: píldora del día después, ley de divorcio, aborto, anticonceptivos, pena de muerte etc.

Quisiera poner un poco de claridad en un debate que me parece un tanto enmarañado y confuso.

Un poco de historia

Hasta los tiempos de la Independencia, la Iglesia Católica fue en Chile la máxima, por no decir la única, autoridad no sólo en materia de fe sino de cultura y de ética. Libro que la Iglesia prohibiera no llegaba a Chile o, si llegaba lo hacía de contrabando y se leía a escondidas. Viene la explosión liberal del siglo XIX, en Europa, preparada por la Ilustración del siglo XVIII y activada por la Revolución Francesa. Una nueva mentalidad va entrando poco a poco en la sociedad chilena, al menos entre los que son mas cultos o aspiran a la cultura. Es el “libre pensamiento” como respuesta al pensamiento oficial de la Iglesia. Es el “anticlericalismo” que ve en los clérigos los detectores de un monopolio de la cultura y el control de las conciencias, que no deja acceso a otras culturas alternativas o complementarias y a la libertad de la conciencia individual. Es el “laicismo” que lucha por crear una zona cultural independiente de la Iglesia y del clero.

Sabemos que el liberalismo tuvo su expresión política más clara y mas extrema en el radicalismo. Que la masonería le dio al proceso laicista una orientación filosófica y cultural bien definida y una estructura secreta pero eficaz. Y que la educación pública y la administración pública fueron los campos en que la mentalidad laica logró penetrar mas hondamente. El partido conservador fue la respuesta de los católicos en el campo político ante la agresión laicista tanto frente a los liberales como a los radicales. Y las leyes del registro civil, del matrimonio civil, de los cementerios laicos fueron los mas bullados incidentes de la época.

Hoy las circunstancias son otras. La Iglesia ha cambiado y el contexto en que ella se desenvuelve es otro. También ha cambiado el laicismo liberal y su entorno. Vamos a verlo en los siguientes párrafos.

Cambios en la Iglesia Católica

En la Colonia, la Iglesia Católica era la autoridad religiosa –y cultural- indiscutible. El Obispo compartía con el Gobernador y con la Real Audiencia la conducción del país.

Cuatro olas sucesivas han quebrado contra el bastión de esa Iglesia Colonial en la que Iglesia y cultura coinciden: el liberalismo con sus derivados: radicalismo, laicismo; la contestación social expresada en el socialismo con su variedad principal, el marxismo; el protestantismo con sus formas mas extendidas en Chile, el evangelismo y el pentecostalismo, y el materialismo con sus variedades de idolatrización del dinero, del economicismo, del consumismo y del permisivismo.

Tenemos hoy un Chile en gran parte laico, contestatario, cristiano no católico, agnóstico y materialista. La Iglesia sigue siendo importante pero reconoce y acepta que la cultura ha cambiado y que el estilo de su acción evangelizadora debe cambiar y está cambiando y seguirá cambiando. La institución eclesial puede estar sometida a prueba y a cambio pero el espíritu apostólico y misionero, la voluntad de anunciar el Evangelio, de proponer la fe y la vida divina están intactas y son su razón de ser.

Mas aun: de cada una de estas cuatro oleadas, la Iglesia ha aprendido una lección y la está aprovechando.

1.- Del liberalismo y del laicismo hemos aprendido un mayor aprecio de la libertad. Que el hombre quiere buscar y encontrar la verdad antes que aceptarla por vía de la autoridad. Y que debe existir una cierta autonomía del orden temporal. Y que la institución está al servicio de la inspiración pero no la substituye.

2.- Del movimiento contestatario del mundo obrero y campesino hemos aprendido que la igualdad fundamental de todos los hombres y la caridad fraterna deben expresarse en una mayor igualdad económica social y cultural entre todos y una solidaridad activa y eficiente con todos los que tienen razones para estar descontentos.

3.- De nuestros hermanos evangélicos y pentecostales y también de otras iglesias, denominaciones y sectas hemos aprendido a estar mas cerca de la gente, a ser mas sencillos, a tener una pastoral mas participativa, a usar de los medios pobres más que de los ricos: prestigio, influencia política, ayudas internacionales...

4.- Y del materialismo consumista y permisivo hemos aprendido a valorizar la pobreza evangélica y la limpieza de corazón pero expresadas en términos actualizados: la búsqueda de la libertad interior y el rechazo de las adicciones y de las dependencias, llámense droga, alcohol, sexo sin amor y sin familia....

Cambios en el mundo laico.

El laicismo también ha cambiado. Ha comprendido que la tolerancia, condición de supervivencia pacífica en un mundo pluralista, debe extenderse a todos y no solo como una aceptación despectiva o resignada del otro sino como una colaboración, un esfuerzo sincero por aceptarnos, respetarnos y aprender los unos de los otros, buscando todos una misma verdad, la verdad, aprovechando de las experiencias personales e históricas de unos y otros.

Ha comprendido también que el mundo no puede vivir sin ética y busca -al margen de la moral revelada que nos enseña la Biblia en la cual muchos no creen- construir una ética personal, interpersonal y universal que permita una convivencia pacífica en el respeto de la dignidad humana: la elaboración de la lista de los derechos humanos, la misma tolerancia a la

que acabamos de referirnos, la preocupación universal por la salud y la educación de todos, hasta los buenos modales que hacen posible la convivencia humana; el rechazo de las armas nucleares o de la tortura, el respeto a la naturaleza, al ambiente, la liberación de la mujer y la lucha contra las discriminaciones raciales o sociales son parte de un mismo esfuerzo de perfeccionamiento moral al cual todos y en primer lugar los creyentes debemos colaborar, esforzándonos en mejorarlos, aun cuando tengamos dudas acerca de su eficacia.

Perfil de una ética creyente

Para nosotros chilenos ser creyente es ser cristiano incluso católico. Por lo demás las éticas religiosas coinciden en muchos puntos, los principales. El cristiano se inspira en su conducta moral en el decálogo, los 10 mandamientos, en el sermón de la montaña, y en muchos textos del Nuevo Testamento que dan enseñanzas o ejemplos acerca de la ética. Se pueden resumir en 5 puntos.

1.- El hombre debe empezar por ubicarse bien frente a Dios, como un ser creado frente al que lo creó, como un ser contingente –o sea que podría no existir- frente al ser necesario -cuya esencia es existir, como dicen los escolásticos; pero también como un hijo frente a su padre y, si se quiere, como el hijo pródigo frente a su padre misericordioso. La humildad es eso: situarse frente a Dios en la realidad de nuestra dependencia y de nuestra gratitud. La humildad es la verdad, decía Santa Teresa.

“Amarás al Señor tu Dios”: lo alabarás, le agradecerás, le pedirás perdón, le suplicarás, le darás culto. Dios primero: todo lo demás es añadidura.

Esa es la definición fundamental de la moral creyente con toda moral laica.

2.- Después viene la familia: la familia en que nacimos y nos formamos; la familia que fundamos nosotros. Y el sexo al servicio de la familia: expresión de amor de la pareja, colaboración con Dios en la transmisión de la vida. La pureza de corazón como base de la castidad o sea del buen uso del sexo.

3.- Y luego la vida: el respeto al misterio de la vida humana. No matar, no herir, no torturar, cuidar a los enfermos, a los inválidos, a los moribundos.

Respetar la vida desde su inicio en la unión de las células masculina y femenina. Todos empezamos siendo una sola célula; la anidación en la pared uterina, la diferenciación de los diversos órganos, el desarrollo del sistema nervioso son momentos de nuestra evolución humana, como lo serán mas tarde, el nacimiento, el corte del cordón umbilical, el destete, la pubertad... Pero es un ser humano ya existente el que se anida, el que se diferencia... No es la anidación en la placenta la que hace al ser humano ni la diferenciación del sistema nervioso. De allí que todo lo que atenta a la vida del hombre desde la primera célula hasta el nacimiento nos merece el calificativo de abortivo y lo rechazamos como aborto.

Y también la eutanasia porque el enfermo terminal, el agonizante, hay que cuidarlos y atenderlos hasta el último momento: no matarlo para que no sufra... y a veces para que no nos haga sufrir.

De allí que estamos en contra de los experimentos con embriones humanos y de todo aquello en que se usa el ser humano como un instrumento, como objeto, como proveedor de órganos de repuesto para otros seres humanos autorizados para seguir viviendo. Y en contra de la pena de muerte, porque cada vez pesa menos el argumento de la legítima defensa de la sociedad ante el delincuente, aun el que mató, y pesa mas en la conciencia humana la atrocidad de matar a un hombre indefenso y ya inofensivo.

Es cierto que la vida de un embrión o de un moribundo no tiene la plenitud que tiene la vida de un adulto sano y fuerte. Pero la cancha está rallada y hay que respetar ese rallado. Si se permite matar en los casos límite, el límite se irá corriendo poco a poco hasta donde le convenga a quien detenta el poder. El camino del aborto termina en el genocidio. Todos los derechos humanos se sustentan en el primero de ellos: el derecho a nacer y el derecho a morir de muerte natural y sin que lo maten.

4. - Viene después la justicia. Es difícil definir en teoría y realizar en la práctica la justicia distributiva entre los hombres y los pueblos. Pero se va creando un consenso de que es necesario reducir las desigualdades económicas y sociales, que todos deben tener lo necesario para vivir tranquilos, sin grandes carencias y angustias; que todos deben tener un acceso a la salud y a la educación que les dé una misma opción a crecer y a progresar, a aprovechar la igualdad de oportunidades de la que se habla; y que todos deben tener acceso a los bienes culturales y espirituales, a las creencias, a los valores, a los ideales que son parte necesaria de la verdadera felicidad, al menos para muchos.

El establecimiento de la justicia requiere un cierto desapego del dinero y de los bienes materiales, un cierto espíritu de pobreza y un gran espíritu de solidaridad, no solo de los gobiernos e instituciones sociales sino de cada uno de nosotros.

La corrupción y la delincuencia van en contra de la justicia por eso deben ser combatidas.

5.- El decálogo prohíbe el juramento en falso. Pero esto incluye toda forma de mentira y mas generalmente todo el mal que se hace con la palabra: el insulto, la maledicencia, la calumnia. Toda la ética de la comunicación está incluida: la veracidad, el respeto a la intimidad de las personas, a la delicadeza de las conciencias y a la honra de cada cual. El

tema de la calificación y de la censura, bien entendidos y bien realizados, entra también en este mandamiento.

Todos estos preceptos, en la medida en que se han cumplido a lo largo de milenios, han formado nuestra convivencia y nuestra cultura. Cuando no se han cumplido -guerras, injusticias, delincuencia...- la convivencia se ha vuelto imposible, la cultura ha retrocedido.

Esta ética bíblica tiene el prestigio de la autoridad de Dios que la reveló progresivamente a los hombres. Hay una revelación explícita que se da en la fe de judíos y cristianos y en parte de los musulmanes. Hay una revelación implícita y parcial que se da en todas las religiones y que bajo el nombre de ley natural -o de voz de la conciencia- es perceptible por todos los hombres de conciencias rectas. De esta ética hemos vivido hasta ahora. Rechazarla o desacreditarla es un inmenso peligro para la humanidad. Cuando Nietzsche constató que Dios había muerto y proclamó la noticia, no consta que él se haya alegrado por ella.

Perfil de una ética laica

Sería sin embargo un gran error para los creyentes el despreciar los esfuerzos de los hombres por establecer una ética autónoma que no dependa de la voluntad de un Dios en que muchos no creen o que conciben de maneras diferentes. Porque el esfuerzo de los hombres por regular la conducta humana es, en parte al menos, la expresión de esa revelación implícita y parcial a la que nos hemos referido, de esa ley natural cuya presencia muchos hombres intuyen en ellos y en los demás.

Al recordar brevemente esas grandes oleadas que se han abatido sobre nuestra vieja cristiandad colonial ya veíamos como la misma Iglesia ha sabido sacar provecho de los valores éticos positivos que las animaban, sin dejar de ver por cierto los elementos negativos que podían contaminarlas. Los creyentes sabemos muy bien, por nuestra propia

experiencia y por la historia, que toda conducta humana, aun la de los santos, es contaminada, en mayor o menos grado por el error y el pecado, por las mil limitaciones humanas y por la cultura de la época en que vivieron. Queremos ser juzgados por nuestros santos no por nuestros pecadores y, por lo mismo, estamos dispuestos a buscar y acoger todos los elementos positivos que descubrimos en las morales que se quieren laicas, ajenas a toda revelación divina y a las que debemos juzgar también por sus mejores elementos, esos santos laicos de quienes hablaban nuestros antepasados. Donde la teología -ciencia de Dios- nos separa, puede y debe unirnos la antropología -ciencia del hombre-.